

Efesios 5:15-16

Efesios 5:15,16 4 de febrero de 2000. Sermón de El Paso.

¹⁵Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, ¹⁶aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. ¹⁷Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. ¹⁸No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, ¹⁹hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; ²⁰dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Hermanos, la vida cristiana es una cosa sumamente activa. El cristiano es retratado como un soldado, un atleta en una carrera, un boxeador. Un escritor, para promover el ejercicio del cuerpo, escribió: “Para estar seguro de que estés en buena forma, el secreto no es llegar a estar en buena forma, sino mantenerse en forma. Y para hacer eso tienes que quedar con el ejercicio todos los días de tu vida”. El mismo escritor, el entonces senador del estado de Wisconsin en los Estados Unidos, quien seguía un régimen de correr y caminar más de diez millas diarias, en adición a muchos otros tipos de ejercicio escribió: “Con todo el ejercicio que hago, estoy convencido de que, si dejaba de hacer ejercicio, en seis meses estaría tan débil y gordo, tan enfermizo y cansado como si nunca hubiera estado en forma”.

Si esto es cierto en lo físico, ¿qué diremos de lo espiritual, acerca de lo cual la Escritura abunda en exhortaciones tales como “velad y orad”, “resistid”, “orad sin cesar”, y la exhortación de nuestro texto de hoy que nos dará el tema de esta mañana: “Mirad cómo andéis”, lo cual también puede expresarse como “Tened gran cuidado con cómo andéis”. Pablo nos dice que es menester tener cuidado con las siguientes cosas: I. Aprovechar bien el tiempo, II. No embriagarse con vino, sino ser llenos del Espíritu, III. Dar gracias a Dios por todo.

Pablo dice que el cristiano no debe andar como necio sino sabio. No quiere decir que todos los cristianos deben hacerse filósofos al estilo de los sabios de este mundo. Al contrario, de esta sabiduría la Escritura dice: “Destruiré la sabiduría de los sabios, Y desearé el entendimiento de los entendidos” (1 Cor. 1:19), porque la sabiduría no es lo que el hombre puede aprender de sus propios pensamientos o experiencias, sino es la verdad que Dios nos revela en su palabra. El que conoce las palabras de Dios y las recibe en su corazón es el sabio, porque “El temor de

Jehová es el principio de la sabiduría, Y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia” (Pro. 9:10). El que sigue la corriente de este mundo será llevado por el río de la confusión hasta llegar al mar de la condenación. Si somos tentados por los placeres y honores que nos ofrece este mundo, mejor pausamos para oír el veredicto de Pablo, realmente de Dios, sobre este mundo. “Los días son malos”. El mundo no puede ofrecernos el bien, porque ni entiende lo que es el bien. Hemos de cuidar cómo andamos nosotros, para no ser conformados a este siglo malo, donde la gente anda “en las vanidades de su mente”. Nos gusta a veces disculpar nuestras acciones con la expresión: “pero todo el mundo lo hace”, cuando eso precisamente debe advertirnos que ya la corriente del mundo comienza a llevarnos, en vez de nosotros nadar contra la corriente para obtener la victoria.

La sabiduría de Dios, activa en nuestras vidas, nos capacitará “para aprovechar bien el tiempo”. La palabra griega que aquí se traduce con tiempo es *καιρός*, el momento propicio, el tiempo oportuno. Así dice la Escritura que cuando llegó el *καιρός*, el momento propicio, “Dios envió a su Hijo”. Ni un momento temprano ni un momento tarde. Llegó a la hora exacta. Este versículo nos indica que durante nuestra vida Dios provee a nosotros también tiempos propicios, momentos de oportunidad, momentos que el hombre vigilante y alerta puede aprovechar, pero que el hombre inactivo en el ejercicio de su fe, indolente y perezoso en su vida cristiana no notará, o acaso los reconocerá cuando ya sea demasiado tarde. Porque lo triste es que, según esta exhortación, si despreciamos las oportunidades de Dios en el momento en que él nos las ofrece, no hay ninguna seguridad de que se vuelvan a presentar. Una vez perdido el momento oportuno para recibir un don de Dios, es perdido para siempre.

¿Cuáles son algunos de estos momentos propicios en nuestras vidas? El primero y el principal es la oportunidad de ser salvos. Cada oportunidad de escuchar la palabra de Dios es una oportunidad de reconocer nuestro pecado y condenación, y con ferviente fe agarrarnos de la promesa de un Dios de misericordia, de un Cristo que anuló y borró nuestros pecados con su muerte en la cruz, de modo que nuestra culpa la podemos poner sobre él, para recibir de él la justificación y la vida eterna. Solemos hablar de la vida de una persona como su tiempo de gracia, el momento oportuno para que encuentre a Cristo y llegue a la fe en él, y estoy confiado de que cada uno de ustedes ha aprovechado esta oportunidad de modo que pueda cantar de corazón: “Mi fe descansa en ti, Cordero que por mí Fuiste a la cruz”. Y si acaso haya alguien entre mis oyentes hoy que no ha desechado el pecado para venir a Cristo y pedir su perdón y confiar en su salvación, hazlo hoy. Hazlo. Aprovecha bien este tiempo de oportunidad antes que se te pase, y nunca vuelvas a

sentir la fuerte acción del Espíritu Santo en tu corazón tratando de arrancarte de la muerte y darte la vida. “Hoy si oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón”.

Y luego hay las oportunidades para crecer en la fe. Dios quiere salvarnos, pero sólo ser cristianos no es todo que el Señor ha planeado para nosotros. Quiere una iglesia “sin mancha ni arruga”, quiere que cada uno lleguemos a ser un hombre maduro en Cristo, quiere vidas más y más conformadas a la imagen de su Hijo, quiere cristianos doctos, bien enseñados por el Espíritu Santo, de modo que no sean llevados por cualquier viento de doctrina falsa. ¿Es mucho? La verdad es que Dios provee a todos los cristianos el tiempo oportuno para todas estas cosas. Por eso nos da las clases bíblicas, los sermones, los tiempos de descanso que en vez de desperdiciarlos totalmente enfrente de la televisión pueden ser utilizados también en la oración y en la meditación en la palabra del Señor. Si nosotros frecuentemente nos sentimos cristianos tullidos, paralizados, ¿acaso será que Dios ya no ofrece sus dones como en los días de los apóstoles? ¿O no será más bien que nosotros, con flojera espiritual, hemos dejado pasar un sinnúmero de oportunidades de crecer espiritualmente, y por eso nos hemos quedado enanos en la vida cristiana?

Excepto en caso de absoluta necesidad, ¿cómo podemos tomar una actitud indiferente a cualquier oportunidad de escuchar la palabra de Dios. El Dr. C.F.W. Walther, el primer presidente del sínodo de Missouri, se expresa algo así: Tú que piensas que no te hará falta el sermón de este u otro domingo — ¿cómo sabes que el Señor no habrá puesto en la mente del pastor ese día precisamente el pensamiento de que tenías necesidad, y tú despreciaste su palabra y lo perdiste”.

Cuidémonos, hermanos, para que aprovechemos bien las oportunidades de crecer en el conocimiento y la gracia, aprovechando el tiempo propicio que el Señor nos ha dado en la clase bíblica, la escuela dominical y los sermones semanales.

Dios quiere hombres, mujeres, jóvenes y niños que puedan comunicar su fe a los incrédulos. ¿Cuántas oportunidades no nos habremos perdido ya, por no saber qué decir, por miedo de que tropezaríamos en la expresión de nuestra fe? O pensamos media hora después de un pasaje bíblico que habría sido perfecto para contestar la pregunta de alguien. Dios provee la oportunidad; nos da el tiempo propicio, para que aprovechemos bien este tiempo.

Pero no podremos aprovechar las oportunidades que Dios nos da para dar testimonio a su evangelio sin adiestramiento. Así como el atleta no puede competir sin antes practicar, nosotros también

hemos de prepararnos, alistarnos, para poder aprovechar las oportunidades que se nos presentan. Tomen un librito con una buena presentación del plan de la salvación, y pónganse a aprender de memoria algunos de los versículos principales que presentan el plan de salvación divina. Luego aprendan unos cuantos versículos que contengan las promesas de Dios para los que están en varios tipos de problemas. Encontrarán que no sólo están preparados así para aprovechar bien el tiempo para dar testimonio al Señor, sino que también tendrán una fuente de rica bendición para su propia fe, una fuerte arma contra la duda y las tentaciones del diablo en su propia vida.

Pero para aprovechar cada oportunidad, especialmente para dar un buen testimonio al Señor a los que no creen, es necesario que estemos en una condición para hacerlo. Así el apóstol también nos advierte: “Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu”.

Para ser un fiel testigo de su Señor, el cristiano debe tener cuidado en su conducta. Debe en cada circunstancia entender cuál sea la voluntad del Señor. Por la presencia de la carne pecaminosa, el cristiano está constantemente en el peligro de negar con sus acciones lo que profesa como su fe. Cuando esto sucede, en vez de su conducta siendo algo que atrae al incrédulo a considerar el mensaje salvador de Jesucristo, la hipocresía de los cristianos forma un impedimento que hará que muchos ni siquiera escuchen el mensaje que podría salvar sus almas.

Pablo así da una advertencia especial contra la borrachera. Ésta es un grave pecado en sí mismo, tanto que la Escritura claramente dice que los borrachos no heredarán el reino de los cielos. Pero aquí Pablo lo menciona específicamente porque la persona que se emborracha se pone en una condición en que ya no puede cuidarse a sí mismo, ya no puede preguntarse cuál es la voluntad del Señor, no puede mirar cómo anda. La borrachera quita las inhibiciones contra toda otra clase de pecado, de modo que se cometan toda clase de ofensas contra Dios y contra el prójimo. Donde hay borrachera, se bajan también las defensas contra el adulterio, el hablar indecente, los pleitos y hasta los asesinatos. Como el que se entrega al uso inmoderado de las bebidas alcohólicas se hace incapaz de controlarse ni vigilar su conducta, hace imposible que la persona aproveche bien el tiempo, aproveche las oportunidades que el Señor da para ganar a otros. Así el que cede a este pecado no sólo pone en grave peligro su propia alma, sino fácilmente se hace culpable de poner un tropiezo a muchos otros para que tampoco lleguen a la luz de la salvación en Jesucristo.

En vez de llenarse de vino, entonces, los cristianos deben estar llenos del Espíritu Santo. Un gozo en su propia salvación hará que prorrumpen en alabanzas y cánticos, así fortaleciendo su propia vida espiritual al recordar las grandes obras salvadoras de Dios que se celebran en los cánticos de la iglesia y aun en reuniones en la casa entre cristianos. “Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”. Es cierto que solamente la palabra es el medio de gracia por el cual el Espíritu llega a nosotros y llena nuestros corazones. Pero esta amonestación nos recuerda que cuando nuestras canciones celebran las obras salvadoras de Dios y proclaman el evangelio de Jesucristo, también son un potente medio que Dios usa para llenar nuestros corazones con las verdades de nuestra salvación y algo que también puede dar un fuerte impulso a nuestra vida de santificación.

Los cristianos encontrarán fuerza para vigilarse y para redimir el tiempo cuando cultivan un espíritu de agradecimiento. “Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. Cuando recordamos nuestro pecado y la condenación que merecimos a causa de él, y cuando recordamos la gracia de nuestro Señor Jesucristo que tomó todo ese pecado sobre sí mismo y pagó el castigo entero que nosotros merecimos, tendremos motivo para cantar las alabanzas de nuestro Redentor. Cuando nos damos cuenta de este amor, que Dios no escatimó ni a su propio Hijo en procurar nuestro eterno bien, veremos en todas partes la evidencia de su amor, y nuestro corazón realmente tendrá que estar lleno de gratitud.

De un corazón agradecido vendrá también el impulso para buscar la voluntad de nuestro Salvador y vivir como a él le agrada. Como dice Lutero: “Haber gustado [que el Señor es bueno] significa que cuando creo en el corazón que Cristo se dio por mí y se hizo mío, mi pecado y mi miseria son de él, y su vida ahora es mía. Si esto penetra en el corazón, éste se deleita de ello. ¿Cómo podría no sacar gozo y deleite de ello?” En verdad, ¿Cómo podría no sacar gozo y deleite de ello? El corazón agradecido será un corazón que sirve, un corazón que busca agradecer a Dios, un corazón que busca aprovechar bien el tiempo, un corazón que se vigilará contra toda tentación y peligro a su fe. Será un corazón que por su amor a Dios también ama al prójimo, y no dejará pasar ninguna oportunidad de testificar a los de afuera del amor salvador de Jesucristo también para ellos.

Mirad cómo andéis, comenzó nuestro texto. No permitamos que la flojera espiritual nos haga bajar la guardia contra los muchos peligros que nos rodean. Más bien, seamos diligentes en aprovechar cada oportunidad de crecer en nuestra fe y gratitud, y

así también en celo para aprovechar bien el tiempo y dar un buen testimonio de nuestra fe. Amén.